

hombres—en ambas audisiones; y, como si el espíritu del festejado compositor hubiese sido evocado y acudiese a la cita, la emoción cívica vibró en el conjunto de las bandas marciales y el auditorio, acaso como nunca conmovido, les tributó, y una y otra vez, el homenaje de sendas salvas de aplausos.

El Centenario del autor del Himno Nacional—cumplido el 15 de noviembre del año 1935— había sido celebrado especialmente

en la universalidad de las escuelas y en todos sus grados; y las ofrendas más gratas: sus manes fueron, sin duda, la lluvia de fragantes flores caída sobre su tumba y el eco de las quince a veinte mil voces infantiles que, en las aulas, entonaron a coro las viri les estrofas de su himno:

—“Quisqueyanos valientes, alcemos  
nuestro canto con viva emoción,  
i del mundo a la faz ostentemos  
nuestro invicto, glorioso pendón....”

## MARIA N. BILLINI

1835-1935

### DULCES MEMORIAS

POR FED. HENRIQUEZ I CARVAJAL.

Hace ya tanto tiempo!

Vuelvo los ojos del espíritu —la imaginación i la memoria— hacia el alba nueva de la República restaurada, i alcanzo a ver en las lejanías del recuerdo el alma de las cosas idas.

¡Cuán dulces al cariño i amable son para mí las cosas de la infancia, de la adolescencia i de la juventud que tuvieron alma: el alma candorosa i poética de la alborada i de la mañana de la vida!

María Nicolasa Billini, venida al mundo en los días precursores del advenimiento de “La Trinitaria” —taller i fragua en donde se forjaron los próceres i los héroes del histórico Febrero— había caldeado su espíritu al fuego del patriotismo i quiso, dándole un selecto objetivo a la fuerza activa de su juventud no exenta de nobles aspiraciones, hacer obra de civismo haciendo labor escolar de educación femenina. Quiso, i fundó en hora feliz su colegio de niñas **El Dominicano**.

Hasta entonces solo había en la Ciudad Primada, Atenas que fué del Nuevo Mundo, algunas escuelas en pañales. Eran de labores de mano i de primeras letras. Se enseñaba en ellas a “leer”, a “escribir”, i a “contar”. Se leía “deletreando” i “decorando” o “de corrido”. Confusos manuscritos,

que solían ser expedientes judiciales, servían de libros de lectura i de modelo de escritura de letra cursiva. Se canturreaba la doctrina cristiana. Era absoluto el imperio de la memoria.

¿Necesitaba el “sexo débil” o el “bello sexo”, como aún se denominaba al sexo de donde salen las madres, saber algo más i saberlo por sí mismo i por amor al estudio? Así se argüía o se redargüía en buen número de hogares.

“Ir á la escuela”, si ya no un castigo, era una penitencia. Sólo el Seminario, de aulas concurridas merced al afable verbo i al trato cordialísimo de su joven rector, el Padre Meriño, había roto desde 1859 el molde del viejo sistema de la rutina i había proscrito la bárbara sentencia: “la letra con sangre entra”. El Seminario de Santo Tomás de Aquino era, al calor de la sugestiva elocuencia i del afecto efusivo del Pbro. Fernando Arturo de Meriño, único oasis en el árido desierto de la enseñanza.

\* \* \*

**El Dominicano**, como el “Colegio de San Luis Gonzaga”, fue un florecimiento.

El árbol de la educación de las niñas, hasta ese momento de escasos frutos, daría en lo sucesivo, con más lozanas i abundantes flores, mejor i más copiosa cosecha. Hubo



una fuerte corriente de simpatía hacia el nuevo instituto. Procedía, principalmente, de los hogares ricos u hoigados. Se abrieron los cursos, en medio de indecible alborozo, con un enjambre de alegres mariposas. Eran niñas de 6 a 11 años. El grupo de las fundadoras, las primeras hijas mimadas de Nicola, semejava un cesto de flores o un nido de alondras. Eran: Carmita García, Hortencia Victoria, Altagracita Abreu, Talí Bona, Mercedes Brea, Natividad Tavarez, Marianita García, Amalia Reyes, Anita Leyba, Belica Valverde, Petronila Altagracia, Lolita Arredondo, Conchita Vicioso, Emilia Abreu, Lola Bonilla, Virginia Lajara, i otras chicuelas que también tenían el alma llena de trinos i de perfumes.

\* \* \*

Lucía el programa nuevas asignaturas.

Se escribía al dictado; la lectura era explicada; en vez de "a sacar cuentas", se aprendía Aritmética; cursabanse diversas ramas de la Geografía Universal i de la isla. A poco se ensanchó el campo de estudio del lenguaje. Las nociones de Moral i de Religión ocupaban sitio preferente en el programa. La Música, como adorno, acompañaba a las labores de mano. En las últimas hubo obras artísticamente hechas; algunas exijieron dedicación de benedictino. Todavía se conserva una, mui celebrada entonces, obsequio de una de las primeras alumnas a la directora del colegio.

Los exámenes de prueba, antes del primer año escolar, despertaron vivísimo interés en el seno de las familias. El **Dominicano**, escuela i hogar, era a todos accesible. La juventud de ambos sexos acudió, solícita, ganosa de dar fe del triunfo de la señorita Billini en la etapa inicial de su ministerio.

El júbilo promovido por el feliz éxito se difundió en todos los hogares i se encomió por la prensa. El porvenir tendía las manos, llenas de promesas, al recién creado plantel de señoritas.

Puesto **El Dominicano**, a la antigua usanza, bajo el patrocinio de María de Nazaret, contribuyó a dar esplendor al culto de la Virgen en el florido Mayo.

Regina se vestía de gala, de azul i armiño, o de perla i rosa, i se enfloraba de suerte que amenísimo verjel de Granada parecía. A los atractivos del templo, convertido en inmenso canastillo de flores, se unía el plácido aliciente que al sencillo culto comunicaba el bullicioso enjambre de las candorosas niñas.

Alba la veste i al pecho la banda azul ceñida, cubierto el rostro de lirio o de canela con diáfano velo, veíase en las gradas del presbiterio el coro de niñas que entonaba dulces himnos al ofrecer ramos de flores i guirnaldas a María.

—Aquí estamos, madre mía,  
llenas de santo fervor,

rompía el coro de ánjeles, a los acordes i los arpejos del órgano, i luego se oía el suave jiro de unas alas de seda i oro en el símil de esta estrofa:

—Cual alegre mariposa,  
juguetando entre las flores,  
vengo a poner mis amores  
en tu seno virginal!

Era Carmita García.

A su turno, con voz emotiva, fervorosa, cantaba Altagracita Abreu:

—Acepta, madre piadosa,  
de mi fe la expresión pura,  
i conserva en su hermosura  
a mi tierno corazón.

Mercedes Brea, con acento de plegaria, concluía:

—Del mundo la oscura senda  
voi a cruzar, madre mía:  
se tú mi luz, tú la guía  
que ilumine mi razón.

Talí Bona, Amalia Reyes i Lolita Arredondo cantaban, como aves del cielo, sendas estrofas; i alborozado el coro repetía:

—Aquí estamos, madre mía,  
llenas de santo fervor,  
a ofrecerte, con porfía,  
nuestra inocencia i candor....(1)

Cobró auge el culto de las flores de Mayo, en el templo de Regina, i el segundo año acudía el coro de ángeles con un nuevo himno. Con un tercero hizo su ofrenda el año siguiente. Cuarenta voces infantiles al unísono entonaban ahora:

—El orbe entero ¡oh María!  
te saluda con fervor,  
i proclama, en su alegría,  
que eres madre del Amor! (2)

I unas tras otras se desprendían del gru-

(1) Manuel de J. Rodríguez Montaña fue el autor de los versos de ese canto coreado. El autor de la música fue José M. Arredondo.

(2) Esa cuarteta corresponde al coro de otro canto coreado, música de J. M. Arredondo i estrofas escritas por el autor de estas páginas.



po encantador hasta ocho niñas para saludar, en sencillas estrofas i con voz de arrullo, a la Virgen del Amor Hermoso.

Era un tributo de piedad filial que, ajeno de hipocresía o de fanatismo, consagrábale la inocencia en aras de su fe cristiana.

\* \* \*

Cuatro años de faenas contaba el colegio de María N. Bilini cuando fue a ocupar la espaciosa casa llamada de San Pedro. Estaba en su apogeo. Sus exámenes ofrecían cada vez mejores frutos. Se estaba aún lejos del saludable imperio del método racional de educación; pero atrás iban quedando los procedimientos de la rutina i el falso concepto de lo que debía ser una escuela de niñas. Cabía un acto en honra de la benemérita mentora, i la sociedad **La Juventud** acordó ofrecerle una medalla de honor conmemorativa de su impropia labor en el magisterio.

Era prima noche i era el acto solemne de la distribución de premios. Asistía la plana mayor de aquella sociedad de estudios i recreo. Allí estaban: J. Francisco Pellerano, M. M. de la Concha, Miguel Román, M. de J. Rodríguez, Andrés M. Aybar, J. B. Vicini, Francisco Herrera, Francisco Aybar, Rafael Abreu L., Alfredo S. León, Vicente Galván, Abraham de Marchena i otros no menos entusiastas.

Yo también estaba.

Hubo salutations en prosa i en verso. El Padre Santana, nuestro distinguido huésped, un elocuente orador sagrado que solía recordarnos en el púlpito al ausente i no olvidado Padre Meriño, levantó los corazones con su inspirado verbo; i al calor de aquella atmósfera de juventud i vida, de promesas i esperanzas, alguien me impulsó a la improvisación, de que antes hicieran gala Rodríguez, Román i Pellerano en obsequio de **El Dominicano** i de su fundadora laureada. I allí surgió todo un soneto cuyos son los tercetos que en seguida copio:

—Mujer sublime, de saber modelo!  
audaz tu genio la nación admira;  
la patria aplaude tu constancia i celo.....

El lindo grupo que ante tí se mira  
es la guirnalda que te ciñe el cielo;  
amor el premio que tu afán inspira!

Recuerdo que esa flor de poesía, sobre la cual cayó una lluvia de aplausos de las alborozadas alumnas; me valió la alta distinción de ser yo el designado para colocar la medalla de honor del colejo en el pecho de la agraciada. Era la intelijente i estudiosa Rafaela Ortega.

\* \* \*

Algunos años después, las discípulas de **María N. Billini**, ornamento de la sociedad, eran unas alegría del hogar i otras eran esposas i madres ejemplares.

\* \* \*

I años después, cuando se fundó la Escuela Normal i Saime Orena de Henríquez, adoptando el plan de educación de ese instituto modelo, abrió bajo su dirección el "Instituto de Señoritas", fui de los primeros, como consecuente amigo i como inspector de Enseñanza, en solicitar de la distinguida directora de **El Dominicano** que, como su hermano el Padre Billini en el "Colegio de San Luis Gonzaga", acomodase su plan de estudios al método racional de educación, utilizando los servicios de algunos maestros normales recién investidos. En el mismo sentido i con igual interés en pro de sus discípulas solía hablarle otro de sus viejos amigos: Juan T. Mejía.

Demoró algo en acojer esa insinuación sincera; pero en la última década fue servido **El Dominicano** por varios profesores normalistas.

.....

Hace ya tanto tiempo!

Vuelvo ahora los ojos del espíritu hacia aquella alba nueva de la República restaurada, i alcanzo a ver en las lejanías i lontananzas del recuerdo el alma rediviva de las cosas idas.

Dulces memorias de la infancia, de la adolescencia i de la primera juventud amable i soñadora!

**El Dominicano**, sus primeras mimadas alumnas i su meritísima fundadora, en adorabile síntesis, ocupan luminoso punto entre las cosas idas, aun caras al espíritu, que brillan en el cielo de mis memorias del alma! 1903.